

Crónica musical

En el primer semestre de este año escasos motivos de satisfacción nos ha proporcionado el arte musical argentino, el único que puede afirmar la existencia de una verdadera cultura; desde que el arte europeo, interpretado por europeos, sólo es una mercancía adquirible con dinero, que abunda en épocas de bienestar económico y escasea en tiempos de crisis!

Novedades argentinas pueden señalarse: "Y entre sombras se moría, el crespo sauce llorón", primer número de una serie para piano de Floro M. Ugarte, delicada estilización de canciones populares, que significa un valioso aporte para nuestra música argentinista; 3 Valses (en mi mayor, en sol menor, en si mayor), de Ricardo Rodríguez, que denotan gran influencia francesa moderna, no asimilada a nuestro ambiente, pero realizados con nobleza y saber; "Raquela", boceto lírico de Víctor Mercante, musicalizado por Felipe Boero, simpática tentativa de drama lírico nacional, construída sobre motivos de canciones y danzas populares (estilos, hueya, gato), pero sin la estilización necesaria para elevar esos motivos, que el artista debe revestir con todas las galas armónicas y orquestales, como lo hicieron Chopin, Musorgsky, Rimsky-Korsakoff, Grieg, Albeniz y de Falla, creadores de las escuelas musicales polaca, rusa noruega y española, y como lo hacen aquí Williams, de Rogatis, López Buchardo, Forte, Le Bellot y demás compositores americanistas. Boero, se ha concretado, casi, a tratar los motivos a usanza del payador, defecto que se notó, sobre todo, en el gato, y la fiesta, que hubiera podido dar pie a la realización de una hermosa y colorida página sinfónico-vocal, evocadora de la vida pampeana. "Ilse" de Gilardo Gilardi, drama lírico so-

bre un poema ñoño, es un trabajo juvenil, en el cual el autor acredita buenas intenciones, que no realiza siempre...

Ya que hablamos de obras líricas argentinas, necesario es proclamar bien alto, aunque sea en el desierto, que necesitamos un teatro nuestro, donde compositores, directores de orquesta, escenógrafos, cantantes y bailarines, se inicien en su carrera y vayan formando el teatro musical argentino, que no surgirá jamás del Colón. Para esta obra, nos sobran elementos, todo está en que los poderes públicos tengan conciencia de sus deberes para con el arte argentino — ¡acaso ello es pedir peras al olmo! — y se hagan asesorar por verdaderos artistas, no por comisiones administradoras, compuestas por distinguidos caballeros, analfabetos musicales.

Pasemos ahora al arte extranjero.

Los Coros Nacionales Ukranianos y la orquesta rusa de Balalaikas, nos han revelado el alma musical popular eslava. Ambas agrupaciones, son fruto de una larga evolución y de una cultura refinada y nacional, como debe ser toda verdadera cultura. La tradición coral rusa, tiene siglos de existencia: nace en la escuela y en el hogar, donde se inculca al niño una cultura que ignoramos aquí, pues la enseñanza de la música en nuestras escuelas primarias, graduadas y normales, es desastrosa, por supina ignorancia de casi todo el personal docente, reclutado entre recomendados políticos, y por falta de un plan de estudio moderno y adaptado al ambiente; en Rusia, como en Alemania, países Escandinavos, Suiza (con el admirable método de Jacques Dalcroze), etc., la enseñanza es, sino perfecta, buena; de suerte que el niño posee los conocimientos necesarios para actuar con placer y eficacia, en las sociedades corales y orquestas populares, que florecen en los países verdaderamente musicales, y ejercen una saludable influencia sobre las masas. No es extraño que aquí no hayan sociedades corales, por más que nuestra música popular pampeana, y, sobre todo nordeña, exija el coro, como lo prueba el hecho de que coreados son muchos bailes: Pericón, Los Amores, La Firmeza, La Hueya, El Triunfo, etc., y canciones como las Vidalas...

Los Coros Nacionales Ukranianos han llegado a extraordinario virtuosismo: la extremada delicadeza de los matices, la perfección de los crescendos, la belleza y diversidad de las sonoridades, la pureza del estilo: todo asombra y entusiasma; acredita lo que puede hacer un pueblo que cultiva su arte autóctono y que se preocupa de su cultura. La orquesta de Balalaikas, posee iguales cualidades, que causan menos efecto, porque la balalaika, especie de bandurria, no puede compararse con la voz humana.

Ojalá de estos dos admirables conjuntos saquemos alguna enseñanza; dejemos de ser simples auditores, papel pasivo sin trascendencia, para transformarnos en actuantes. Fomentemos las sociedades corales y las orquestas típicas, y habremos probado que no en vano hemos recibido la visita de las mencionadas agrupaciones rusas.

Por una feliz coincidencia, un artista ruso, el eximio pianista Alejandro Borovsky, nos ha dado a conocer muchas obras de dos grandes compositores, que la conservadora Europa ha tachado de futuristas, pero que aquí no han asustado a nadie; ellos son Scriabine y Prokofieff, sobre los cuales pesa el anatema de los escolásticos y de los académicos, y que son, en realidad, grandes artistas y no menos grandes músicos, que maltratan con talento, buen humor y no escaso buen sentido, la sacrosanta tradición musical germana, que a fuer de rusos no tienen porqué seguir.

El modernismo de Prokofieff y de Scriabine, no va más allá del de Schoenberg, de los "seis", de Mompou, Lord Berners, Malipiero y demás innovadores, sobre quienes es aventurado abrir juicio: unos los consideran como dementes y energúmenos, otros como genios... Creemos que de ambos bandos se exagera; a juicio nuestro son precursores de una música más libre, más rica, más variada que la actual, que aún no cuenta con el genio sintético que le dé su forma definitiva. En Scriabine y Prokofieff, hay momentos de intensa emoción, de gran fuerza dinámica, hay simpáticos y fecundos atrevimientos, ello es lo interesante; lo demás: irreverencias para el sentido audi-

tivo, crueles humoradas para indignar a los pelucones, exageraciones en las disonancias, son defectos habituales a los revolucionarios, que van más allá momentáneamente, pero que llegarán al equilibrio y a la obra, que según una expresión de Paul Dukas, no haya sido escrita contra alguien...

En el Colón se han ofrecido cuatro estrenos extranjeros: "Electra" de Ricardo Strauss, hoy nuestro huésped, la más prominente figura de la música contemporánea. Su tragedia lírica, es de una potencia extraordinaria; jamás llegó la música a semejante fuerza; páginas como la que precede la llegada de Clitemnestra y la de Oreste, como la danza de la venganza de Electra, alcanzan a un poder subyugador increíble y único; es lamentable que la emoción humana de la obra sea inferior al poder dinámico, que la inspiración melódica derive algo del estilo vienés — harto baladí —; pero, con todo, "Electra" es una obra formidable y colosal, que sólo puede ser realizada por un genio. Ricardo Strauss, con sus cualidades y defectos, es el más genuino representante musical de nuestra época; en la fuerza y grandiosidad de su obra, en la belleza y fealdad que en ella se codean, están reflejadas las luchas, las agitaciones, lo sublime y lo ruín, de nuestros tiempos, y ello basta para colocar al gran músico alemán en un sitio que nadie puede disputarle.

"Debora e Jaele" de Hildebrando Pizzetti, es el polo opuesto de "Electra": en ella todo está medido y contenido; el compositor italiano parece avergonzarse de sus arranques, huye del lirismo, lo sacrifica todo a un ideal estético, al decir de sus amigos... ¿No habrá ideado ese sistema para adaptarlo a su temperamento?... No creemos que el artista se corte las alas, cuando las tiene; en el dúo — si ello puede llamarse un dúo — entre Jaele y Sisera, el lirismo que se insinúa con tanta timidez, no es de muy bella calidad, surgiendo así una nueva pregunta: ¿Pizzetti, severo autocrítico, no se dará cuenta del escaso valor de su inspiración melódica y por ello la sacrifica? A ser así, es todo un drama que se desarrolla en el alma del músico! Sea como fuese, es innegable que el primer acto de "Debora e Jae-

le” es una de las más bellas páginas del teatro lírico italiano: en él vibra y se agita todo un pueblo, cuyas inquietudes, creencias, impulsos, están traducidos con gran acierto; por más que los dos actos siguientes sean inferiores al primero, “Debora e Jaele” es una obra noble, digna del mayor respeto.

Lamentamos no poder decir otro tanto de “I Compagnacci” del joven músico italiano Primo Riccitelli, cuyo ideal musical y estético es el del detestable y plebeyo Pietro Mascagni. En esta comedia lírica, su autor acredita facilidad de escritura, musicalidad fluída, pero vulgar, y, lo que es peor en un artista que se inicia, conocimiento de todos los efectos de mal gusto, habituales en los veristas, sus autores predilectos. Con semejante bagaje, no se va a ninguna parte; se es lacayo del grueso público, cuyos malos gustos se halagan, lo cual no es la misión del artista.

“La vida breve” de Manuel de Falla, obra de juventud, pero de juventud bien orientada y deseosa de contribuir al progreso del arte y a la cultura del público, es una noble y bella producción lírica, en la que el más grande de los compositores españoles de hoy, que es también uno de los más grandes del mundo, trae un serio aporte a la música hispánica, en vías de alcanzar un esplendor, en nada inferior al de los siglos XVI y XVII. Por más que en “La vida breve” no estén desarrolladas las eximias cualidades que existen en “Amor brujo”, “El sombrero de tres picos”, “Noches en los jardines de España”, “El retablo de Maese Pedro”, “Canciones populares”, verdaderas obras maestras de españolismo musical, el drama lírico de Falla, es interesante y llega, en ciertos momentos, como en el segundo cuadro y en las danzas, a un sabor, una poesía y un colorido, desconocidos hasta entonces en España.

Alberniz, de Falla, Turina, el Padre San Sebastián, Guri-di, Salazar, el Padre Villalba, Granados, Felipe Pedrell, Villar, Manen, Monpou, Esplá, Chávarri, otros más, inspirándose en los motivos populares vascos, andaluces, gitanos, catalanes, castellanos, gallegos, etc., están creando una música española que ya ocupa un sitio de primera fila en Europa y a la que auguramos preponderante influencia en el mundo.

Creemos inútil hablar de las demás obras dadas en el Colón, por ser ya conocidas; sin embargo, deben señalarse “Tristán e Iseo”, “La Walkiria”, “Lohengrín” y “Salomé” cuyos méritos fueron puestos en evidencia por los admirables cantantes alemanes: Carlota Dahmen, María Olsewska, Elsa Bland, Walter Kinchkoff, Emilio Schipper, que a sus dotes vocales, unen una cultura general, una comprensión musical y psicológica, raras entre los cantantes de ópera.

Gastón O. Talamón.